



DESCONOCIDOS

EMMA COLT

Un solo baile es suficiente para que dos desconocidos se enamoren perdidamente.

Carol Boutella nunca había conocido a ningún hombre que la cautivara como el desconocido con el que baila durante la gala de los O'Sullivan. Cada célula de su cuerpo le pide rendirse a él... pero entonces descubre que es un policía. Uno de los policías que está investigando a su familia por unos oscuros delitos que ella desconocía. Creyendo que su interés sólo forma parte de la investigación, se aleja de él. Olvidarlo ya es otra cuestión.

La noche que Jake Mulligan conoce a la joven y dulce Carol, su mundo acaba patas arriba. Es una Boutella. Es una sospechosa. Pero, por más que intenta evitarlo, no puede dejar de pensar en ella. Carol ocupa todos sus sueños y todos sus pensamientos, despierta en él una pasión que no había sentido nunca. Y es una criminal.

Mientras la vida fácil e inocente de Carol se desmorona, no puede quitarse de la cabeza al policía que considera culpable de todo. Lo mismo le sucede a Jake, que ve cómo los principios que lo llevaron a hacerse policía se resquebrajan. ¿Qué estaría dispuesto a hacer por ella? A pesar de todo, los dos saben que deben mantenerse bien lejos el uno del otro, pero la casualidad y las circunstancias tienen otros planes para ellos.

Y es que amarse era lo último que debían hacer.

Índice de contenido

Cubierta

Desconocidos

Dedicatoria

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Siempre para H.

Agradecimientos

En primer lugar quiero darte las gracias a ti, lectora o lector, por confiar en esta novela. Espero que te guste tanto como yo he disfrutado escribirla.

En segundo lugar, no tengo suficientes palabras de agradecimiento para H., el cómplice que me animó a iniciar este proyecto a pesar de todas las dificultades. Sin ti, esto no habría salido adelante.

1

Cuando Carol Boutella despertó esa mañana, no podía imaginar que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

El día no había empezado mal. Se había levantado tarde, porque esa noche la familia O'Sullivan celebraba su gala benéfica anual, que era famosa por alargarse hasta el amanecer. No le apetecía asistir a la fiesta, pero como miembro de una de las familias más poderosas, y ricas, de la ciudad, debía hacerlo. Con el paso de los años, la gala de los O'Sullivan se había convertido en un evento obligatorio para toda la alta sociedad de la zona. Nadie podía eludirla si no quería perjudicar su reputación.

Aunque ya era la hora de comer, Carol se vistió rápidamente con sus tejanos y su camiseta más cómodos y cogió su preciada cámara réflex. Tenía tiempo de salir a tomar algunas fotos antes de que llegaran David y Nelly, el peluquero y la estilista que los ayudarían a prepararse para la gala.

Entró en la cocina para coger una manzana y descubrió a sus padres sentados en la mesa con algunos documentos delante. Parecían malhumorados, incluso tensos.

—Buenos días —saludó Carol, extrañada.

—Hola, cariño —dijo su madre sin levantar la vista del papel que tenía delante.

Su padre ni siquiera contestó, tan solo emitió una especie de gruñido.

—¿Va todo bien? —preguntó Carol.

—Sí, cosas de la empresa, ya sabes —contestó su madre, que ahora sí apartó los ojos del papel para mirarla. Al instante arqueó una ceja—. ¿Vas a salir ahora a hacer fotos?

La pregunta consiguió que incluso su padre reaccionara para dirigirle una mirada de desaprobación.

—Es para el proyecto final del máster, es importante. No os preocupéis, que llegaré a tiempo —aseguró Carol.

Ni su padre ni su madre abrieron la boca, pero sus miradas escépticas lo decían todo.

Llegó tarde.

Cuando cruzó la puerta, gritando que lo sentía, David y Nelly se le abalanzaron medio histéricos, convencidos de que no tenían suficiente tiempo para prepararla. A Carol la situación le habría parecido graciosa, pero odiaba los preparativos para cualquier evento. Todos los esfuerzos giraban alrededor de la necesidad de hacerla parecer más esbelta y disimular sus quilos de más, circunstancias que la ofendían. Ya sabía que no era una sílfide, pero también sabía que no era el muñeco Michelin antes de que lo adelgazaran, y así es como la hacían sentir. Sí, sí, le sobraban unos quilos para ser modelo, pero los tenía bastante bien colocados.

Como siempre, aguantó el suplicio estoicamente y a las seis en punto estaba lista para salir, luciendo un vestido sencillo pero elegante y cómodo, que Nelly no había cesado de repetir que era de corte imperio y, por lo tanto, ideal para su figura. Al final Carol tenía ganas de gritarle que dejara de decir que tenía el culo gordo, pero como el cuello y espalda en forma de V y la falda de corte asimétrico, que mostraba parte de sus piernas al caminar, la hacían sentir sexy, se aguantó y mantuvo la boca cerrada.

La gala se celebraba en la inmensa mansión de los O'Sullivan. El salón de fiestas estaba repleto de estilosos hombres y mujeres que charlaban animadamente, mientras de fondo un cuarteto de músicos los obsequiaba con una

agradable música, fingiendo que no les importaba que nadie les prestara la más mínima atención. La mayor parte del tiempo de estas fiestas se consumía saludando a todos los invitados, a los que siempre había que sonreír. En estos actos, las preocupaciones se dejaban en la puerta y se transmitía la imagen de vivir en una nube de felicidad constante.

Así que cuando Carol vio a sus hermanos, Alicia y Brandon, conversando en un rincón del salón con una grave expresión en el rostro, se extrañó. Empezó a caminar hacia ellos para averiguar qué pasaba, pero en ese momento la música cesó y la señora O'Sullivan reclamó la atención de todos los invitados con el agudo sonido de una pequeña campana de mano. Carol se detuvo, fastidiada. Quería ir a hablar con sus hermanos, pero había llegado la hora del baile.

A nadie excepto a la señora O'Sullivan le gustaba la hora del baile. Durante diez eternos minutos, todos los presentes debían bailar al ritmo de un vals mientras iban cambiando de pareja cada vez que la anfitriona hacía sonar la dichosa campana. Era una manera divertida de sociabilizarse, decía ella. Era una auténtica lata, pensaba Carol. Bailar así suponía acercarse mucho a desconocidos, cosa que nunca le había gustado.

La música empezó y todos los presentes procuraron buscarse una pareja. Al menos Carol tuvo suerte y la primera tanda le tocó con un viejo amigo de su padre, con el que conversó agradablemente durante los dos minutos y medio que bailaron juntos.

Sonó la campanilla y enseguida se vio en brazos de un hombre al que no había visto nunca y ni siquiera le devolvió el saludo. Era un poco brusco y no paraba de girar la cabeza a lado y lado, como si estuviera buscando a alguien. Después de que ignorara descaradamente sus intentos de entablar una conversación, Carol se rindió. Esos dos minutos y medio se convirtieron en los más largos de su vida.

Carol llegó a los brazos de su tercer compañero de baile de bastante mal humor. Masculló un «hola» sin mirarle y se limitó a observar con desgana a la gente que bailaba a su alrededor. Aunque, a decir verdad, el tacto de la mano de ese desconocido le resultaba bastante agradable, así como el brazo que le rodeaba con firmeza la cintura para apoyarse en el centro de su espalda.

—Creo que esto te gusta tan poco como a mí —dijo el hombre con una voz grave y ronca que le puso la piel de gallina.

Carol sonrió como una niña a la que hubieran atrapado haciendo una travesura.

—¿Tanto se nota?

Levantó los ojos para mirar al desconocido, y durante unos instantes dejó de escuchar la música. Incluso le pareció que los dos se detenían durante un microsegundo. Pero enseguida se dijo que seguramente había sido una sensación provocada por la impresión, y desechó la idea de su cabeza.

Carol se había encontrado con unos ojos grandes y oscuros que la observaban con lo que le pareció genuina curiosidad. Y esos ojos estaban enmarcados por un rostro que consiguió que se le pusiera la piel de gallina otra vez. La frente alta, la nariz fina, la mandíbula recta y fuerte, los labios generosos. Llevaba el cabello castaño corto pero no demasiado corto.

Carol primero pensó que sería agradable acariciar ese cabello, y después que no recordaba haber visto nunca a un hombre tan atractivo. Bueno, en realidad, la palabra más adecuada para describirlo era *sexy*.

Pero no era solo eso.

Tenía la sensación de que ese rostro pertenecía a alguien que procuraba parecer endurecido, casi indiferente ante cualquier situación, pero sus ojos decían otra cosa. Eran cálidos y... bondadosos. La hacían sentir bien.

Y seguían mirándola con mucho interés.

Un escalofrío le recorrió la espalda, con tanta fuerza que se le endurecieron los pezones. Intentó mantener una expresión neutra, pero por dentro gritaba que alguien debería haber prohibido a la Madre Naturaleza crear a un hombre así, y al Destino haberlo cruzado en su camino. Porque acababan de convertirla en un cliché, en ese horrible tópico de la mujer que se encuentra con un tipo atractivo y cae rendida a sus brazos, incapaz de resistirse a sus encantos. Bueno, su caso era peor, porque él de momento no había desplegado ninguno de sus encantos, pero ella ya estaba dispuesta a caer rendida a sus brazos.

«¡Pero qué dices?! Por el amor de Dios, ten un poco de dignidad, Carol», se regañó a sí misma.

¿Qué le pasaba? Ella no era así. Le costaba mucho encontrar hombres que le gustaran de verdad, y pasaba un tiempo antes de que decidiera establecer cualquier tipo de contacto físico. Así de triste era su lista de amantes.

En cualquier caso, ese tipo era un desconocido. No tenía sentido que estuviera pensando en todas esas cosas.

«No seas un estúpido tópico», se dijo.

«Ya, ya, pero seguro que cuando te sonría te derrites», gritó una vocecita desde el fondo de su cabeza.

En ese momento el hombre sonrió. Era una sonrisa de niño travieso, tan sensual como el rostro del que formaba parte.

Sí, se derritió. Y sintió unas cuantas cosas más por todo el cuerpo que le encendieron las mejillas y la obligaron a bajar la vista, avergonzada.

—Parecías un cordero al que están llevando al matadero —dijo el hombre con esa voz que tenía el mismo efecto que una caricia.

—Lo siento —se disculpó Carol.

Se maldijo a sí misma. Por una vez que conocía a un tipo que, al menos físicamente, parecía más un dios que un hombre, lo había ofendido con su cara de pánfila. Aunque, siendo sensata, ¿por qué demonios debería importarle?

—No pasa nada. Las damas con cara de querer salir corriendo son mis compañeras de baile preferidas —dijo él.

Carol no pudo evitar reírse.

—En ese caso, me esforzaré por poner mi peor cara —dijo, más relajada, e intentó ponerse muy seria, frunció mucho el ceño y entrecerró los ojos.

Ahora se rio él, con suavidad. Durante unos breves instantes se le iluminó la cara, y Carol se derritió otra vez.

—Me temo que más bien pareces un viejo marinero estreñado —dijo él.

—¿Estreñado? —dijo Carol, haciéndose la ofendida, pero incapaz de aguantarse las risa.

Entonces sonó la maldita campanilla y Carol sintió una repentina decepción.

—¿Ya? —se le escapó, pensando que esos habían sido los dos minutos y medio más cortos de su vida.

—Espera —dijo el hombre.

La empujó suavemente para alejarla y le hizo dar media vuelta. Carol vio que el señor McCallister y su enorme bigote se dirigían hacia ella, pero entonces el desconocido apareció delante suyo y volvió a cogerla para bailar. Le guiñó un ojo y le dedicó esa sonrisa traviesa.

—¿Mejor así?

«No sonrías como una tonta, no sonrías como una tonta», suplicó a su dignidad.

—Mucho mejor —dijo, sonriendo como una tonta.

¿Eran imaginaciones suyas o el hombre la había acercado a él más que antes y ahora su mano reposaba más cerca de su trasero que de su espalda? Solo con pensar en eso Carol sintió unos estremecimientos muy agradables de cintura para abajo. Se encontró observando su cuello fuerte y se fijó en que no llevaba pajarita. Los primeros botones de la camisa estaban desabrochados, dejando a la vista el principio de unos músculos muy sensuales. Se preguntó si tendría el resto del cuerpo...

«Carol, ya vale», se reprendió.

No se reconocía a sí misma. Carraspeó, incómoda, deseando que el desconocido no se hubiera dado cuenta de los pensamientos tan... ejem, agitados que le estaban pasando por la cabeza.

Lo miró fugazmente para comprobarlo, y descubrió que él la estaba observando con una expresión que no supo descifrar.

—Lo peor de estas fiestas es que siempre me quedo con hambre —dijo Carol con desenfado, en un intento desesperado por expulsar de su mente todas esas inoportunas ideas.

—Estoy de acuerdo. En vez de tanto canapé y caviar deberían servir chuletas a la barbacoa y cerveza.

Carol rio.

—En casa nunca hemos hecho una barbacoa.

El hombre la miró con los ojos muy abiertos. Casi escandalizado.

—¿No?

—Nunca.

El hombre suspiró, fingiendo estar consternado.

—Esto no puede ser. Algún día tendré que invitarte a una. Soy un experto en barbacoas.

Carol se sonrojó y las piernas le flaquearon un poco, pero consiguió aguantar el tipo.

—Estaría bien —dijo con la voz un poco más rota de lo que le habría gustado.

Entonces sonó la campanilla y el baile se dio por terminado.

Carol procuró frenar la oleada de decepción. Le pareció que el desconocido se resistía un poco a soltarla, pero finalmente la liberó, dejándole la piel agradablemente cálida allí dónde la había tocado. Los dos aplaudieron como el resto de invitados.

Y entonces sucedió lo que nunca se habría imaginado que podría suceder.

La sonrisa se desvaneció de los labios del hombre.

—Disculpa, tengo que irme. Ha sido un placer —dijo sin mirarla.

Y se perdió entre la gente.

Carol se quedó helada, aunque el corazón le palpité varias veces de manera irregular.

No comprendía qué demonios acababa de suceder. ¿Había hecho algo que había asustado al hombre? Era cierto que la simple mención de invitarla a una barbacoa había hecho que se le encogiera el estómago. Y vale, sí, se había sonrojado, pero había intentado disimular. ¿Acaso había fracasado y había puesto cara de querer lanzarse a sus brazos?

Desconcertada, empezó a pensar que quizá se lo había imaginado todo, que él no se había acercado más a ella en cuanto había podido, que no se había resistido a soltarla.

No había sido real, pero sus ganas habían hecho que lo pareciera.

Una decepción amarga la inundó y sintió que los ojos se le humedecían. «No seas estúpida», se riñó. Tenía que ponerse en movimiento para pensar en otra cosa.

Se giró para empezar a caminar hacia ningún lugar en concreto. Entonces vio pasar, no muy lejos, a Brandon y Alicia, y recordó las expresiones preocupadas que les había visto antes.

—¡Brandon! —llamó, pero con el ruido de la gente y la música no la escucharon y siguieron avanzado.

Caminó tras ellos. No consiguió alcanzarlos hasta que llegaron prácticamente al otro extremo del salón, donde había menos gente, y siguieron conversando.

A pesar de que esa zona estaba más tranquila, no la vieron acercarse. Sin embargo, ella pudo escuchar perfectamente las palabras de su hermana:

—A ver si empiezas a tomarte las cosas en serio, Brandon. La policía nos está investigando, y sabes que tenemos motivos de sobra para estar preocupados.

Carol se quedó petrificada. ¿Que la policía qué?

—El detective ese se ha colado en la gala y anda husmeando por aquí. Lleva una pajarita plateada —añadió Alicia.

—Que mal gusto —dijo Brandon, muy poco preocupado.

—Mucho cuidado con quién hablas y sobre qué, porque...

Carol al fin consiguió reaccionar y acabó de acercarse a sus hermanos.

—Disculpád. ¿Qué acabas de decir sobre la policía?

Alicia y Brandon la miraron, primero sorprendidos, después contrariados.

—No he dicho nada sobre la policía —dijo Alicia, tomando un sorbo de su champán mientras observaba el salón con muy poco interés.

—Te he escuchado perfectamente.

—No es nada que deba preocuparte, Carol. Vuelve a la fiesta a divertirte —dijo Brandon.

—Esta fiesta es una mierda, como todas. ¿De qué coño estabas hablando, Alicia? —insistió Carol, cada vez más molesta.

—Con tanto ruido me habrás entendido mal, hermanita —dijo Alicia.

Antes de que pudiera reaccionar, sus hermanos aprovecharon el paso de un grupo de invitados para desaparecer entre la multitud.

Carol no pensaba permitirles escapar tan fácilmente. Entre cuerpos y brazos pudo divisar el vestido azul de su hermana y lo siguió sin dudar.

Llegó hasta una de las puertas que conducían al inmenso jardín. En la parte más cercana a la casa había bastantes invitados charlando y bebiendo, pero Alicia y Brandon no estaban entre ellos. Parecían haberse esfumado.

«Maldita sea», pensó.

Entonces le pareció ver por el rabillo del ojo una mancha azul que se perdía detrás de una hilera de cipreses per-

fectamente recortados. Caminó rápidamente hacia allí, sin olvidar sonreír a todas las personas con las que se cruzaba y procurando esconder la angustia que empezaba a apoderarse de ella. Necesitaba saber de qué estaban hablando. ¿Qué interés podría tener la policía en investigarlos?

Recorrió un camino franqueado por la larga hilera de cipreses, hasta que llegó a una zona que más que un jardín parecía un bosque.

—¿Alicia? ¿Brandon? —llamó en un susurro.

A su alrededor todo era silencio y penumbra. Las voces y la música de la mansión le llegaban amortiguadas y lejanas. Avanzó un poco entre los árboles.

—Alicia. Brandon —repitió, esta vez más alto.

Nada.

Quizá solo se había imaginado la mancha azul y sus hermanos seguían dentro del salón de fiestas.

De repente se sintió muy sola entre esos árboles y tanta oscuridad. Definitivamente, esa noche iba de mal en peor. Primero la situación tan extraña con el desconocido, y ahora esa noticia sobre la policía.

Se estremeció. No porque tuviera frío, sino por la desagradable sensación de que una amenaza invisible se cernía sobre ella.

Se abrazó a sí misma y empezó a deshacer el camino hacia la mansión.

Al rodear el primer árbol se encontró con la oscura figura de un hombre alto y delgado. Se asustó tanto que el corazón le dio un vuelco y se le escapó un grito. Intentó retroceder, pero su maldito tacón derecho se enganchó con alguna raíz y empezó a caer hacia atrás. Vio que el hombre se abalanzaba hacia ella, y ahora sí que se asustó de verdad.

Sin embargo, lo único que hizo el extraño fue sujetarla por los brazos para que no se cayera.

—Oh —dijo Carol, sorprendida, al verse de pie, sana y salva.